

que le habia quedado; ¡ah! nos es preciso levantar la voz, es preciso que no nos avergoncemos de prohibiros lo que vosotros casi os preciáis de permitirnos, y que os digamos con la santa libertad de nuestro ministerio, que Dios ha de perder eternamente al que mancha y profana su templo en su propio cuerpo.

Estas son las amarguras, la indignidad, la servidumbre, el oprobio, los furores y las inquietudes que trae consigo esta pasion aun en esta vida. No quiero hablar del fuego eterno que la está preparado en la otra, porque mas quiero proponer sus remedios que sus castigos, y haceros ver en la conversion del pródigo hácia el padre de familias, los medios, los motivos y la imágen de un verdadero penitente.

SEGUNDA PARTE.

No basta el haberos explicado en los excesos del hijo pródigo la imágen de los desórdenes y desgracias de un pecador lascivo; es necesario proponeros tambien en su conversion el modelo y los consuelos de su penitencia. A la verdad, católicos, al volver á la casa de su padre halla en ella cuanto habia perdido en sus desórdenes; su arrepentimiento repara todas las resultas de sus excesos, y los mismos pasos que habia dado para seguir los caminos injustos, vienen á ser como el modelo de los que da para salir de ellos. Sigamos la historia de nuestro Evangelio, y vamos reparando en todas estas circunstancias.

El primer efecto de su deplorable pasion habia sido el poner como un abismo entre él y la gracia, con las tinieblas con que habia ofuscado su entendimiento, con el fatal disgusto que le habia infundido para las cosas del cielo, y con la esclavitud de los sentidos al imperio de la sensuali-

dad. *Peregre profectus est in regionem longinquam.* Pero el primer paso de su penitencia aparta todos estos obstáculos.

Primeramente, su penitencia le abre los ojos para que vea el vergonzoso estado á que le habia reducido la pasion, *in se autem reversus.* El encanto que le cegaba se deshace de repente, se asusta al verse á sí mismo cubierto de oprobio, confundido con los mas viles animales, participando de sus deleites y de su sustento. Entonces se desvanecen todas las falsas y halagüeñas ideas con que se habia representado su pasion, aquella falsa constancia, aquella bondad de corazón, aquella nobleza de pensamientos, aquel afecto que nace con nosotros, aquel inevitable destino de nuestras inclinaciones; estas expresiones vanas con que la corrupcion procura cubrir la vergüenza del vicio, todas mudaron de nombre á su vista, y solo ve su infame ceguedad, la depravacion de un corazón entregado por la justicia de Dios á sus propios deseos, y una vileza que le llena de confusion; ya no se mira sino como el desprecio de su pueblo, vergüenza de la religion, oprobio de la humanidad, y como un mónstruo á quien solamente debiera mirar el Padre celestial para castigarle y sepultar en el abismo su persona y su ignominia: *In se autem reversus.*

Entonces el pecador movido, y ya iluminado, se acuerda con unas lágrimas de compuncion que empiezan á caer de sus ojos, de aquella primera estacion de su vida, cuando aun se hallaba inocente, cuando educado á la vista del padre de familias, gustaba del regalo y abundancia de su casa; compara el candor y tranquilidad de sus primeras costumbres con los pesares y amarguras de las pasiones que las sucedieron, ve que solamente han sido felices en su vida aquellos primeros años en que su corazón, tranquilo

é inocente, no habia experimentado las crueles turbaciones é inquietudes de las conexiones profanas; que entonces sus alegrías eran puras, sus deseos arreglados y tranquilos, sus costumbres rectas y sosegadas; que con aquellas impuras centellitas que encendieron su corazon, le vinieron todas las desgracias, y que desde aquel fatal instante todos sus dias han sido señalados con funestos pesares, su vida siempre ha sido agitada é inquieta, y aun sus deleites tristes y funestos: *In se autem reversus.*

En segundo lugar, disipadas sus tinieblas, aquel fatal disgusto que tenia á las cosas del cielo se muda en un santo deseo de virtud y de justicia: *¡Cuántos criados en la casa de mi padre tienen pan con abundancia, y yo aquí muero de hambre!* Cuando en otro tiempo la sola idea de la regla y de la virtud le hacia temblar, le molestaba la presencia de los justos y no podia sufrir el ver la casa del padre de familias, ahora empieza á envidiar la suerte de sus criados y de aquellas almas fieles que le sirven; y comparándola á la suya, compara la abundancia de aquellos al hambre que le aflige, la decencia de su estado al oprobio del suyo, su tranquilidad con sus inquietudes, la estimacion en que viven entre los hombres, á la vergonzosa infamia en que él ha caido. Quanto mas examina la condicion de los justos, mas insufrible le parece su estado. *¡Es posible, se dice á sí mismo, que cuando tantas almas fieles gozan de las utilidades de la casa de mi padre, de los socorros de la religion, de los interiores consuelos de la gracia y aun de la estimacion de los hombres; que comiendo ellos el pan de los hijos y teniendo esperanza de no ser excluidos de la herencia, yo me he de ver aquí hecho presa de las infames pasiones, disgustado, consumido, tiranizado por mi propio corazon, viviendo sin consuelo y aun sin honor para con*

los hombres? ¡Ah! ¿hasta cuándo esta injusta flaqueza se ha de oponer á mi sosiego, á mis talentos, á mis verdaderos intereses y á mi eterno destino? *Quanti mercenarii in domo patris mei abundant panibus, ego autem hic fame pereor!*

De este modo, católicos, nuestro feliz penitente quiere entrar al instante en la compañía de los justos y aumentar el número de los siervos del padre de familias: *Fac me sicut unum de mercenariis tuis.* No se contenta con simples deseos de imitarlos, como sucede todos los dias en el mundo respecto de aquellas personas cuya virtud nos vemos obligados á respetar; no se contenta con decir que ellos han escogido la mejor parte, que solamente aquello es lo verdadero, que es felicidad el serlos semejantes, que todo lo demás nada vale y que no pierde las esperanzas de imitar algun dia su ejemplo. Vanos discursos, ¡oh Dios mio! con que nos engañamos á nosotros mismos y que solamente sirven de calmar en nosotros los secretos remordimientos de una conciencia delincuente.

Nuestro pródigo arrepentido no espera á mas adelante. No alaba la virtud con la vana esperanza de seguir algun dia sus santas reglas. No pondera las desgracias de una vida pecaminosa, persuadiéndose á sí mismo que algun dia saldrá de ella. El verdadero dolor es tardo en hablar y pronto en ejecutar; conoce que aquel instante es para él el instante de eterna salud; combatido de aquellas inquietudes que dividen el corazon cuando está para mudarse, de aquella agitacion de pensamientos con que se defiende y se acusa, buscando las tinieblas y la soledad para entregarse á ellos mas libremente, derramando arroyos de lágrimas, no siendo ya dueño de su dolor, bajando los ojos de vergüenza, sin atreverse á mirar al cielo, de donde no obstante espera su salud y liber-

tad; ¿pues qué tardo, dice con una voz mezclada de suspiros? ¿qué es lo que aun me detiene en los vergonzosos lazos que respeto? ¿Los placeres? ¡Ah! ya ha mucho tiempo que no los gozo, y mis días están llenos de enojo y amargura. ¿Las conexiones profanas y la constancia que mil veces he prometido? ¿Pero acaso era mio mi corazón para poder disponer de él? ¿Y por qué he de querer ser yo fiel con unas criaturas que nunca lo han sido conmigo? ¿El ruido que hará en el mundo mi conversión? Pero con tal que Dios la apruebe, ¿qué me importa lo que digan los hombres? ¿no será razón que sean testigos de mi penitencia todos los que lo han sido de mis escándalos? Por otra parte, ¿qué puedo yo temer del público despues del desprecio y vergüenza que me he adquirido con mis desórdenes? ¿La incertidumbre del perdón? ¡Ah! tengo un padre compasivo y misericordioso, no desea mas de que su hijo vuelva á su casa, y al verme se despertará todo su amor.

Voy, pues, á levantarme, *surgam*; procuraré vencer la vergüenza y mi propia flaqueza que me detienen; iré á su santa casa, donde siempre está dispuesto para recibir y escuchar á los pecadores, *ibo ad patrem*. Es verdad que yo soy un hijo ingrato, rebelde, desnaturalizado, indigno de su nombre; pero todavía es mi padre, *ibo ad patrem*; iré y derramaré á sus piés toda la amargura de mi alma, y allí, dejando hablar á mi dolor, le diré: *Padre mio, pequé contra el cielo y en presencia vuestra*. Contra el cielo, con los escándalos y públicos desórdenes de mi vida; contra el cielo, con los discursos de impiedad y libertinaje que yo me formaba para sosegar y afianzarme en la culpa; contra el cielo, porque como un vil animal nunca levanté los ojos para mirarle ni para acordarme que allí estaba mi patria y mi origen; contra el cielo, por el infame abuso que he he-

cho de su luz y de los días de que se ha compuesto mi vida triste y culpable: *Peccavi in cælum*; pero lo que se ha visto de mis desórdenes ha sido la parte menos infame de ellos; los delitos de que vos solo habeis sido testigo merecen mucho mas vuestra indignacion. He pecado en vuestra presencia: *Peccavi in cælum, et coram te*. En vuestra presencia con tantas obras de tinieblas que han sido patentes á vuestros ojos invisibles, con las mas infames circunstancias, con cuya memoria tiemblo y me confundo; en vuestra presencia, por el indigno uso que he hecho de los dones y talentos con que me habeis favorecido; en vuestra presencia, finalmente, despreciando tantos interiores auxilios con que me habeis socorrido desde mi infancia, y habiendo sido para mí el mejor de todos los padres, yo he sido para vos el mas desnaturalizado de todos los hijos: *Peccavi in cælum, et coram te*.

¿Qué mudanza y qué ejemplo de tanto consuelo para los pecadores! La gracia abunda en donde habia abundado el pecado. Parece, ¡oh Dios mio! que gustais de ser particularmente Padre de los ingratos, bienhechor de los culpados, Dios de los pecadores y consuelo de los penitentes; y como si todos los gloriosos títulos con que se explica vuestra grandeza y poder no fueran dignos de vos, quereis ser llamado *el Padre de misericordias y el Dios de todo consuelo*.¹ No, amados oyentes míos, no se acobarde vuestra confianza con el exceso de vuestras iniquidades; el celestial Médico gusta de curar los males mas desesperados, y los mayores pecadores acreditan mas su piedad y su misericordia: sin duda que el haber permitido que cayéseis en ese abismo y que nada faltase á vuestras desgracias, fué

1 1. Corinth. 1. v. 8.

para que resplandeciese mas en vosotros el poder y las riquezas de su gracia. ¿Por ventura no se manifiesta mas grande cuando saca á Jonás de lo profundo del abismo, que cuando no hace mas que sostener á Pedro que empezaba á hundirse en las aguas? Si vuestros pecados han llegado al mayor exceso, ¡ah! acaso ese es el momento de su gracia, acaso la misericordia de Dios tiene señalado el primer instante de sus favores para el último de vuestros delitos: lo que mas debe temerse en nuestros males es la desconfianza del remedio. Pero si no es suficiente para moveros el perdon que el padre de familias concedió al pródigo de nuestro Evangelio, á lo menos acaben de vencer vuestra resistencia los consuelos que acompañan á su arrepentimiento.

Sí, católicos, esta es la tercera circunstancia de la conversion de nuestro feliz penitente. Los frutos de la iniquidad habian sido para él amargos como el ajeno, y los primeros pasos de su penitencia están acompañados de mil consuelos.

Primeramente, le sirven de consuelo las facilidades que halla en la santa empresa de su conversion. Apenas ve el padre de familias desde lejos á su hijo, cuando viéndole flaco, estenuado, inquieto y casi sin poderse tener, corre á él; corre, dice San Ambrosio, y va apresurado á sostenerle, temiendo que encuentre en el camino algun obstáculo que le detenga: *Accurrit ne quis impediatur*. Poco necesita un pecador en el principio de su carrera para detenerse; se halla como un hombre que por mucho tiempo ha padecido los golpes de las olas y de la borrasca, y cuando se levanta está aturdido y sin poderse tener en pié si alguna mano caritativa no le socorre para que no caiga; una ocasion, un disgusto, un obstáculo, cualquiera cosa es capaz entonces

de apagar en una alma las primeras operaciones de la gracia; el mismo demonio, mas atento entonces que nunca á que no se le escape la presa de las manos, esparce mil nubes sobre su espíritu y presenta á una alma movida al arrepentimiento unas dificultades insuperables en su empresa; la representa dificultades por parte del mundo, con el que aun quisiera guardar respetos; dificultades por parte de sus pretensiones y de sus esperanzas humanas, las que teme perder ó atrasar; dificultades por parte de sus conexiones, de sus parientes, de sus amigos, de su clase, de su nacimiento, de sus empleos, las que son otras tantas fantasmas que la representa el demonio como verdades, aumentándolas y pintándolas con mucha viveza en la imaginacion, y representándolas continuamente al alma tímida que no acaba de resolverse; de modo que vacilando muchas veces entre sus temores y sus buenos deseos, entre sus resoluciones y sus desconfianzas, entre sus antiguos errores y sus nuevas luces, suele detenerse, delibera, se desanima, vuelve atrás, y despues de haber echado por mucho tiempo la cuenta de los gastos y de sus fuerzas, segun la frase del Evangelio, no pasa mas adelante y no llega á poner ni aun la primera piedra del edificio.

¿Pero qué hace entonces el cuidadoso amor del padre de familias? Corre hácia donde está su hijo, se da prisa á sostenerle, le asegura contra sus temores y contra su propia flaqueza, calma sus inquietudes y disipa sus nubes: *Accurrit ne quis impediatur*. Aun no se contenta con esto. Junta mil circunstancias para facilitarle el camino, aparta los obstáculos en que pudiera tropezar su flaqueza, destruye los proyectos que pudieran exponerle á nuevos peligros, proporciona los sucesos de modo que le sirvan de nuevas facilidades para romper sus cadenas: *Accurrit ne quis im-*

pediat. Todo parece que ayuda á esta alma movida al arrepentimiento, todo la sostiene, todo la favorece, se allanan como con un repentino encanto aquellas montañas que la parecia ver delante de sí y que nunca las podria atravesar, y aquellas dificultades tan temibles se desvanecen; cuanto mas adelanta, mas fácil se le hace el camino, y los mismos obstáculos que la asustan la sirven de facilidad para su penitencia: *Accurrit ne quis impediat.*

En segundo lugar, la sirven de consuelo las secretas dulzuras que halla en los primeros pasos de una nueva vida. No se contenta el padre de familias con correr hácia donde está su hijo, sino que se arroja á su cuello, le abraza y le besa; apenas basta su corazon para contener todo su paternal amor: *Cecidit super collum ejus, et osculatus est eum.* Halla el hijo que habia perdido: *Perierat, et inventus est.* Es verdad que le halla sucio, asqueroso, desgarrado, y esto que debiera ser motivo de encender mas su ira, solo sirve de avivar su amor; ve en él sus desgracias y no sus delitos: *Perierat, et inventus est.* No se ha olvidado de que era un hijo ingrato y rebelde; pero esta misma memoria es la que mas le mueve; ve revivir un hijo que para él estaba muerto, y halla lo que habia perdido: *Cecidit super collum ejus, et osculatus est eum.* Imágen tierna y consoladora que causa en el cielo la conversion de un solo pecador y de los interiores consuelos que Dios hace experimentar al alma en los principios de su conversion: *Cecidit super collum ejus, et osculatus est eum.* ¡Oh paternal clemencia! ¡oh fuente inagotable de bondad! ¡oh misericordia de mi Dios! ¿qué utilidad sacais de la salvacion de la criatura?

En tercer lugar, la sirve de consuelo la participacion de sus santos misterios, de que por tanto tiempo habia vivido privada por sus desórdenes. El padre de familias manda

matar un gordo cabrito, convida á su hijo convertido á este celestial convite, y le alimenta con la vianda de los escogidos: *Adducite vitulum saginatum, manducemus, et epulemur.* Despues de haber vivido tantos años sin Dios, sin religion, sin esperanza, separado del altar y de los sacrificios, excluido como un anatema de la congregacion santa, de la sociedad de los justos y de todos los consuelos de la fe, ¡qué gozo se experimenta en hallarse al pié del altar santo en compañía de sus hermanos, en ser sustentado con el mismo pan, mantenido con la misma vianda, esperando las mismas promesas, socorrido con sus oraciones, fortalecido con sus ejemplos, animado con la armonía de los santos cánticos que acompañan la solemnidad y la alegría de aquel divino banquete! *Et cum veniret, audivit Symphoniam, et chorum.* ¡Alma feliz! ¿echas menos entonces los infames placeres de que acaba de disgustarte la gracia? ¿ves por ventura en el mundo, en donde pasaste unos dias tan llenos de amargura, alguna cosa que te pueda volver á aficionar á él, que te parezca digna de tu corazon? Un solo dia en la casa del Señor al pié del altar santo, ¿no es para tí de mas consuelo que años enteros pasados en los placeres y en las concurrencias de los pecadores?

Finalmente, la última circunstancia de los desórdenes del pródigo fué el desprecio y vileza en que llegó á caer, y el honor y la gloria son el último privilegio de su penitencia; se le vuelve á poner en posesion de los antiguos derechos que habia perdido, le ponen un vestido de dignidad y de inocencia, y en su dedo una señal de poder y autoridad; se le prefiere á su hermano mayor, es decir, que la virtud hace que se olvide la locura y el desprecio que habia en nuestras pasiones, ó por mejor decir, nadie se acuerda de ellas sino para dar mas estimacion á las virtudes que las